Capítulo I
El viaje de Paco

Mi trabajo es algo maravilloso, como todo el que sirve para ayudar a los demás. Pero hace algunos años pude gozar de la experiencia más sublime de mi vida.

Me había contratado el Consejo de un pueblo recóndito por recomendación de uno de sus miembros, Manuel, el erudito, que tuvo la oportunidad de leer uno de mis libros. Tenían un problema de actitudes y comportamientos entre sus miembros más prominentes, que les ocasionaba pérdidas inútiles de tiempo y energías en discusiones bizantinas que casi nunca llegaban a buen fin. Puedo decir, con orgullo, que el interés y la actitud positiva de todos y cada uno de los miembros del Consejo facilitó enormemente mi trabajo, tanto que, al final del mismo, eran un auténtico equipo capaz de crear una encomiable sinergia.

Aprendí muchísimo, de la comunidad y de todos y cada uno de mis nuevos amigos. Del pueblo, la auténtica felicidad y desenfado de sus habitantes, pues, aparte sus peculiaridades son, ante todo, un pueblo feliz y rico. Feliz porque tienen la habilidad innata en vivir intensamente cada momento de su existencia y rico porque jamás desean más de lo que tienen.

Hice un montón de amigos, por supuesto. Después de los muchos recelos iniciales, fueron abriéndose poco a poco, hasta que llegamos a respetarnos, admirarnos y compenetrarnos profundamente. Del que más aprendí fue del médico, el entrañable Jorge, el más viejo del pueblo, hombrecito encorvado, de mirada irónica, tocado siempre con un viejo sombrero y luciendo una descomunal barba. Jorge era sabio, prudente, amigo de todos, juez severo pero ecuánime, paciente, filósofo, astrónomo, matemático, médico, farmacéutico y confesor de confianza, con una rara habilidad: sabe escuchar profundamente a quién le habla.

El resto de mis amigos forman el peculiar conjunto de habitantes de cualquier pueblo o aldea: sencillos, simpáticos, bromistas, muy nobles, creativos, complicados y, a veces, retorcidos, orgullosos, tozudos hasta la desesperación. En fin, un conjunto de entrañables seres a los que acabé queriendo. Los que más huella dejaron en mí fueron Rigoberto, el alcalde, a quién todos llamaban “Rigo”, bonachón y gruñón como pocos y su dulce esposa Clara; Andrés, el habilidoso pescador; Jerónimo, el carpintero a quien todos acudían siempre con prisas; Antonio, el herrero, un auténtico artista con los metales; Cristóbal, el infatigable guía, que me mostró los parajes más fascinantes que rodeaban el pueblo; Daniel, el ganadero, quien parecía poder hablar con los animales; Eugenio, el albañil, que aprendió el oficio de sus ancestros; Manuel, maestro del pueblo, considerado el gran erudito, honor que todos le concedían por haber estudiado cinco años en la capital; Humberto, el mecánico, con una habilidad natural en desmontar y montar los mecanismos más complicados; Elías, que regentaba la única tienda del pueblo e Isidro, el agricultor, que atribuía el éxito de sus cosechas al santo cuyo nombre le habían puesto sus progenitores, San Isidro Labrador, al que veneraba profundamente.

Habían pasado varias semanas pero algo en mi interior me empujaba a no dar fin a mi trabajo. Hubiera dado cualquier cosa para prolongar mi estancia mucho más tiempo, pero mis obligaciones me reclamaban en otra parte, por lo que no tuve más remedio que despedirme de todos mis amigos, con la promesa de volver a encontrarnos en cuanto surgiera la oportunidad.